

más grande sea el número de sindicados. necesita tener un fin y un medio para llegar a ese fin. El sindicalismo puede tener por objeto lo que se llama conquista de un medio para emplear para ello la acción directa, a los sindicatos comprendidos en el término de bases múltiples.

Pueden, pues, unirse, entrar en los sindicatos todos los asalariados que deseen ese mejoramiento, sin que entre ellos quepa otro motivo de distinción que la adopción de los medios a emplearse a tal fin.

A pesar de lo que se ha escrito en contra de la virtualidad de las mejoras, se han arraigado tanto estas en la conciencia del proletariado, que en realidad, tanto los socialistas como los anarquistas y aun aquellos obreros sin tendencia social determinada, más luchan por alcanzarlas que por su completa emancipación.

Y es que si bien es cierto que las mejoras no son estables y tan sólo duran lo que las circunstancias económicas lo permiten, mientras subsisten en ciertas, por cuanto que no alcanzándolas al unísono todos los asalariados, los que las consiguen disfrutan de ellas, si bien es cierto que no es a expensas de los patronos, sino de los demás obreros que no han alcanzado el mismo grado de bienestar, y que pagan más caras los productos que la mejora obtenida por sus compañeros ha encajado.

Toda mejora obtenida por unos, empeora la situación de otros, y al servir ese empujamiento de acción, impide, impide, para que esos otros procuren mejorarse, llega al caso de que al fin de cuentas el equilibrio se restablece y todos vuelven a colocarse en situación igual, desapareciendo en verdad el mejoramiento, del que a lo sumo queda tan sólo la disminución de la jornada de trabajo que se paga con la carestía de todo lo que se consume y con más largos períodos de desocupación, ya que los períodos de trabajo en vez de ocupar más tiempo, acortan el día de trabajo por el simple hecho de estar más descansado, y lo que es para el peor, acelera la adopción y reformas de la maquinaria que lo desaloja del taller y la fábrica, al mismo tiempo que incorpora al trabajo a la mujer y el niño, serios competidores del hombre y de la familia misma.

Quedámosnos en que los sindicatos por lo general no tienen en la práctica otro objetivo que la conquista de mejoras, de esas mejoras cuyo análisis hemos hecho rápidamente, y que por lo tanto en ellas caben todos los obreros que anhelen mejorar en primer término y aunque tengan distintas concepciones sociales para un porvenir que comúnmente ven así tan lejano, que apenas si de él se preocupan.

No puede, pues, dividirse en los sindicatos a los obreros más que la adopción de medios para conseguir esas mejoras. ¿Acción directa? ¿Base múltiple? Esta es la cuestión.

Si los trabajadores piensan en que mediante la acción directa han hecho que los gobiernos se preocupen de la situación del trabajador y procuren, no ya mejorarle, que eso les importa poco, sino impedir los trastornos y peligros que la huelga entraña, crear leyes protectoras del obrero creando pensiones para la vejez, subsidios para los mutilados del trabajo, etc., etc., comprenderían que con la acción directa se conseguirían los deseos de los patronos, de los comerciantes y de los gobiernos, todo aquello que esperan de las cooperativas, socorros mutuos, cajas de padrones, etc.

Bastaría con que exigiesen que al obrero enfermo se le pasase el jornal como cuando está bueno, que en los períodos de paralización del trabajo se diese diariamente un tanto de los jornales de los desocupados, que los artículos de consumo general se vendieran a precios que las cooperativas pueden hacerlo, etc.

Si en las huelgas, al par que las mejoras corrientes, se consiguen estas otras, podrían obtenerlas con relativa facilidad y con mayor extensión y menos riesgos que los que suponen las cooperativas.

La acción directa puede realizarlo todo, mal que les pese a quienes buscan en el sacrificio individual de cada uno el medio para la formación de capitales de no muy segura administración. Pero a mi juicio, el sindicalismo debería tener más positivo objeto que tratar esas mejoras por efectivas y estables que pudieran ser, que no lo son.

es esta en la que el hijo nacido del azar no conocerá jamás a su padre, y en la que la madre, temiendo ser sorprendida por sus padres ó sus amos, no pensará más que en desembarazarse furtivamente de su progenitura.

¿Qué familia es esta en la que todos, viejos y jóvenes, varones y hembras, atrofiados, depravados, corrompidos por la miseria, durmiendo bajo un mismo techo, sobre un mismo jerón, se disputan con tenacidad un horrible comistrajo?

¿Qué familia es esta de ricos burgueses afectados, ceremoniosos entre ellos, gozando: el señor, con las prostitutas; la señora, en los saños; el hijo, seduciendo actrices; la hija, conquistando señoritos gomosos ó oficiales del ejército, depravando con sus sofocados ardores a los camaradas de colegio ó a las compincharas de convento?

¿Qué familia es esta compuesta de una interminable serie de primos, primas, sobrinos, nietos, tíos, que os importunan, que os espían, esperando con impaciencia el momento en que fallezcáis para repartirse vuestros despojos?

La familia ha muerto, y atacar a los anarquistas porque tratan de suprimirla es una demostración de ignorancia. No se trata de dividir a los individuos, ya moralmente separados, sino, al contrario, de extender el lazo de solidaridad y de amor.

Al contrario que a los civilizados, hacen falta a nuestros sentidos embotados las caricias de los viejos, de los niños y de las madres. Todos los viejos son nuestros padres, todos los niños son nuestros hijos, ya sean amarillos, negros ó blancos; en todas partes los hombres son nuestros hermanos.

Jamás la fraternidad humana, sobre la que tanto han despotricado los tartufos de la filantropía, ha sido glorificada con más sencillez ni con más fervor. Este hogar doméstico que no existe ya, que la sociedad actual, fundada sobre el interés de uno contra todos ha destruido, reformado, extendido, romped la cadena y consecúigala la unión.

He aquí lo que propagan los anarquistas, EUGENIO DONOSO ROLANDO

Minas del Horcajo.

INDOGMÁTICOS

«El periódico anarquista Tierra y Libertad, en su último número, hace algunas afirmaciones que me parecen interesantes. Concomitantemente informados aseguramos que en dicho Centro, al que yo pertenecí, se le hacía leer todo lo que le placía, y si tiene el mal gusto de leer Tierra y Libertad, con su pan se lo comen a él que así era. Aunque políticos, no tenemos dogma.»

EL PROGRESO

¡Clavedito! Como son políticos no tienen dogma. ¿Qué van a tener, si los políticos están a la que salta, ya sea una concejalia, una diputación ó... un ministerio! Y para esto estorba el dogma, que es convencimiento, que es idea arraigada. En cambio, sino tienen dogma tienen Pontificio. Ahí está su Santidad infalible Alejandro, el de los automóviles.

Por lo demás, El Progreso confirma nuestra denuncia, por cuanto que al decir que es de mal gusto leer Tierra y Libertad condena a los que en los centros republicanos pensasen lo contrario, a ser tenidos por personas de mal gusto, lo que no les hará mucha gracia que digamos.

Indudablemente es más chic, más distinguido, de mejor gusto, leer el cenario de S. S. Alejandro, pues en él se puede aprender que el jefe es ilustrado, inteligente, activo, guapito y no sabemos cuántos elogios más, que en boca de sus subordinados se parecen mucho a los que la madre hacía de la novia.

¡Adios, señores del buen gusto! Tengan cuidado no los confundan con un bombón.

Los mineros en Vizcaya

Si algún obrero tiene derecho a rebelarse, es seguramente el minero de Vizcaya. No hay un pueblo donde la explotación adquiera más anchos vuelos.

La vida es de las más caras de la nación, y los salarios de los más ínfimos. Luego que el salario es reducido y que el mal tiempo hace que se capen las semanas más de lo que las capas la canalla clerical con sus fiestas de santos y santitos, viene la explotación de la tienda, donde para trabajar debe abastecerse, porque es de la compañía ó de sus negros.

Todos los atropellos que los mineros de Vizcaya puedan cometer estarán justificados ante la rapacidad de sus explotadores.

Tened en cuenta que esos señores que levantan palacios, algunos que han costado millones, en Albia, Campo Volantín, Deusto, Begoña, etc., y que llaman apaches a los obreros, son los negros de hace 40 años; algunos ganaban el pan con el pico, la barra ó el cesto; se hicieron contratistas, supieron robar legítimamente, y hoy no pueden ceder a los obreros porque sus despilfarros les exigen más y más.

La gente más estúpida, más ignorante y brutal, es la burguesía vizcaína.

Ella sostiene una sociedad donde el más

borracho es el presidente, y casi siempre carece de presidente por no poder apreciar quien es el más borracho, y donde los bailes con señoras de Cantarranas, Miravilla, etcétera, al estilo de Evarra, tienen lugar.

Allí el que pide la última copa de cualquier licor paga un barril, y se disputan la que beberá, porque aquello, como tener muchas queridas, es honroso.

Si aquel pelacón flotante de Portugalete hablase, dejaría pequeños los días de Caligula y otros.

Mientras que al obrero le escatiman un céntimo, se gastan miles y miles en conquistar y sostener concubinas.

Allí se ha visto que un cochero conducía a los toros a su burgués, fumando un puro forrado en un billete de 100 pesetas, y otro burgués al verlo, darle un puro a su cochero, encender un billete de 1000 pesetas y con él, el puro dado al cochero.

Bilbao es tal vez el pueblo más rico de España, pero es también donde se sufre más miseria.

No hay un pueblo donde las clases se diferencian más claramente. No se comprenden como un pueblo donde tanta riqueza se eleva por la extrema miseria, como los chochos de clases no se producen más que menudito y son más violentos.

Debe este fenómeno a que los socialistas, esos falsos defensores del obrero, han castrado las energías de aquellos esclavos.

Y no es una afirmación mía, no; es lo que La Lucha de Clases dijo el 14 de agosto de 1897.

He aquí parte de su artículo de la citada fecha: Una salida de «El Nervión». «Ningún país más a propósito que Vizcaya para que la semilla anarquista hubiera dado sus criminales frutos. En ninguna parte como aquí ha alcanzado la explotación burguesa proporciones más colosales y mostrados caras más odiosas. El número excesivo de horas de trabajo en las minas, los inmundos barracones, los cuarteles, las tiendas obligatorias, el caciquismo degradante en las fábricas, las fortunas improvisadas, dueños los obreros de la dinamita, todo contribuía a que los anarquistas hubieran encontrado su mejor ambiente en esta provincia.

Hubieran bastado cuatro locos dinamiteros, predicando sus teorías insensatas, para que no hubieran faltado obreros de templeamento exaltado, que hubieran lanzado al empleo de las bombas y dado días de luto a este país.

Pero fuimos nosotros, los socialistas, los primeros que nos dirigimos a la clase trabajadora y la encauzamos por las corrientes sequeadas de la organización y de la huelga pacífica...

Luchamos a brazo partido con el anarquismo, que quiso disputarnos el terreno, y gracias a nuestra constancia y a nuestra actividad, ni los obreros han sufrido las derrotas ni vejaciones a que les hubiera llevado el anarquismo, ni la clase capitalista ha tenido que lamentar el más ligero atentado por medio de la dinamita.

A nosotros, pues, se nos debe el que los periódicos burgueses puedan exclamar que en Vizcaya no se han registrado atentados anarquistas.

Y véase cómo nos lo pagan los gobiernos y los caciques. Persiguiéndonos por todos los medios que pueden é incapacitando a nuestros concejales libérrimamente elegidos por el pueblo.

Llevan 20 años los socialistas amos del pueblo obrero de Vizcaya, y yo quisiera que me probasen que habían mejorado alguna cosa.

¿Qué más fracaso quieren? En 1890 se rebelaron por primera vez; el general Loma dio la razón a los obreros, se firmó un convenio en el que entraba la supresión de los barracones y otras cosas que no se han cumplido.

Una segunda revuelta hizo al general Zapino reconocer la injusticia de los burgueses y amenazar con retirarles las fuerzas, pero los obreros volvieron fiados en promesas que no se cumplieron.

En el actual conflicto, que los socialistas han declarado a los corresponsales de la prensa de París, que no lo aprueban, pero que lo siguen por solidaridad, esos falsos defensores han aconsejado a los mineros que se entregaran al enemigo. Y como conoceros a los jefes socialistas vizcaínos, de los que los obreros deben emanciparse por cualquier medio si quieren mejorar su suerte, he que no titubeamos en afirmar, dispuestos a probarlo, que el peor enemigo del obrero en Vizcaya son los jefes socialistas, que siendo generalmente malos obreros en sus oficios, se han emancipado de la explotación y de la miseria defendiendo a los que tan explotados y miserables son hoy como hace veinte años.

¿Qué beneficios ha obtenido el obrero en Vizcaya con que no sean los anarquistas y sí los socialistas los que le han encauzado por las corrientes sequeadas de la organización y de la huelga pacífica?

Es un hecho que el obrero puede comprobar que allí donde dominan las tendencias anarquistas el obrero trabaja menos y gana más que donde dominan los socialistas.

Madrid y Bilbao son las poblaciones más caras, las dos donde predominan los socialistas y las dos donde en relación al coste de la vida se gana menos.

¿Pueden los socialistas probar otra cosa? Nosotros sabemos que si los obreros no

han mejorado de veinte años a esta parte, es cambio sus defensores se han emancipado y hasta los propietarios de minas.

Los socialistas vizcaínos, los jefes, se entienden, han traicionado todos los movimientos; ahí está la famosa hoja cuando la huelga fue de inquilinato y otras; ahí está la huelga ganada, la comisión de socialistas al avistarse en la oficina después de saborear el champagne y los puros, se conformaron.

Bien saben los burgueses que no tienen por qué temer a los socialistas de fila, a alguno de los cuales un cura ha pagado sus cuentas.

En día, 30/11/1897, comprendida, no se sabe de donde, como una fantasía de «Las mil y una noches», desembarca en Andalucía, y en un abrir y cerrar de ojos, el tiempo necesario para embriar sus caballos, emprende al galope la conquista de la mitad de España, no para asolarla y convertirla a sablazos en ovación al profeta, sino para instruir y fertilizarla.

El pueblo moro no era en aquella época solamente una raza guerrera; era también, y ante todo, un pueblo sabio, artista, inventor, industrial y agricultor. Llevaba a la España como don de glorioso advenimiento, el alma de la Grecia, su filosofía, su literatura su geometría; la medicina, la brújula, la platería, el acero, el arte de la irrigación, la arquitectura de la Alhambra, en fin, esa misteriosa poesía de sonidos, que se llama la música.

Y todavía, en nuestro tiempo, la guitarra, desprendida ya de su mano, repite las deliciosas armonías árabes que vuelan escapadas, atravesando los siglos, hacia nosotros, ardientes como las explosiones del corazón, ó quejumbrosas como los susurros de dos amantes bajo las estrellas embalsamadas por los floridos limoneros.

La fatal costumbre de ingerir en el estómago, vícuo mucha veces, bebidas alcohólicas, colabora, sin que los obreros lo adviertan, junto con los malos políticos y los caciques, al embrutecimiento de la gente del campo. El alcoholismo, principal factor del crimen, como le llama el médico fisiólogo Rousset, ha de ser combatido sin piedad por cuantas medidas estén a nuestro alcance. Probada está su existencia en todas partes; su morbosa influencia se extiende como terrible peste por el mundo y puebla de tisióticos el hospital, de vesánicos el manicomio, de criminales la cárcel, de prostitutas los lupanares, de carne corrompida el cementerio, de gente inútil y parásita pueblos y ciudades.

Yo estoy cansado de ver, con harta tristezza y amargura, en este y en muchos pueblos agrícolas, jóvenes viejos con el rostro cárdeno, ojos de ahogado y músculos temblorosos, de taberna en taberna en continua libación, orgullosos de su triste fama de bebedores, riendo como degenerados chistes brutales, sin darse cuenta que están cometiendo un crimen de lesa humanidad, un continuo parricidio, pues el líquido ardiente que trasegan al estómago ha de envencenar la sangre de sus hijos, llevándolos, cuando no al sepulcro, a sitios peores... al burdel, a la casa de orates, al presidio.

Por amor al género humano, para defensa de la sociedad, por interés de la clase obrera, combatiremos con brío semejante plaga, porque el alcoholismo resta fuerzas y energías al proletariado.

El día en que pueda conseguirse la huelga general y continua de bebedores, cosa difícil por desgracia, la humanidad habrá conseguido la victoria más grande que vieron los siglos.

V. CALVO-ACACIO

Alcubilla de Carlet.

EL CATHOLICISMO Y LA RAZA MORA

Estaba reservado al Catholicismo introducir en el mundo un género de muerte nuevo, la muerte religiosa; y matar por una creencia, en nombre de un Dios que murió el mismo por una idea. La Iglesia hacia la guerra por una idea. El humo que se escapaba por el chimenea de la casa de la alta clase para ir a disfundarse en el espacio.

Allí estaba, su pozó: allí estaban las galerías a las que hubo de bajar por vez primera cuando apenas tenía trece años; allí estaba aquel rincón de la tierra donde había pasado su juventud, saliendo solo por breves horas de la superficie para recoger algo de aquella luz de la que sólo le era dable disfrutar breves momentos. Allí estaban todos los recuerdos de su vida en aquella noche oscura de las entrañas de la tierra; allí transcurriría también el resto de su existencia, entre las mismas sombras, rodeado de los mismos peligros, sin otros horizontes que los que fuese abriendo su piqueta sobre las negras paredes de la mina.

Pasaría su vida sin ser conocida de la mina... dejar otro rastro que el que por breves instantes deja en el firmamento el resplandor de una estrella que cae hacia los abismos infinitos del espacio.

Trabajo le daba lo suficiente, nada más que lo suficiente para recuperar las fuerzas gastadas en su labor y volver a la mina con la nueva jornada; era lo preciso lo indispensable para conservar una vida que parecía ya unida para siempre a aquella mina de la que venía a ser algo así como una ampliación, un filón más que, como los otros, acabaría por agotarse.

Si nada, serena y placida, pasó luego hasta la una de la mañana donde estaban los pozos. Era al stardecir; los últimos rayos del sol se

todas las víctimas de la ortodoxia que ha bebido durante tantos siglos, la mar se enrojecería desde el uno al otro extremo del Océano; y si se amontonasen unas sobre otras las osamentas de todas las hectometas humanas inmoladas a la voz de un papa, se levantaría hasta el cielo una pirámide más alta que el Himalaya.

De esta manera seguía la Iglesia romana a través del mundo, con su dogma en una mano y una tea en la otra, diciendo a todo el que aún tenía la insolencia de pensar: «¿Estará usted contento de su oficio?—le pregunté.

Míreme con algo de asombro; y luego bruscamente, con sonrisa llena de amargura, me dijo: «—¿Cómo quiere usted que lo esté? Mi vida no es la de ustedes, mi vida transcurre debajo de cuanto vive y cuando sonríe, sin esta luz que alegro, sin ese sol que sacude el espíritu y fortalece el cuerpo, sin la amable contemplación de los paisajes, sin el goce de las delicias que la naturaleza ofrece en sus flores, en sus valles, en sus montañas. ¡Dícen que somos malos!—añadió sonriendo con pena—no lo era usted, no lo somos; es que a fuerza de vivir entre negruras nuestro carácter y nuestro espíritu acaban por volverse negros también, como nuestros cuerpos al salir de los pozos, como nuestras ropas; los niños prosiguió señalando un grupo de chiclecos que jugaban allí cerca, han de vestir de negro para estar limpios. Nuestra vida es muy especial. A las seis de la mañana bajamos a las galerías, a 100 y 200 las tres de la tarde, pues comemos abajo, teniendo para ello una hora: de once a doce de la mañana; nuestros jornales son, por término medio, de cinco francos, y con eso hemos de vivir aquí, donde todo está muy caro... No, no somos malos, créalo usted—repetió—es que así como ustedes, los hijos de la luz, nosotros somos los quejumbrosos como los susurros de dos amantes bajo las estrellas embalsamadas por los floridos limoneros.

La fatal costumbre de ingerir en el estómago, vícuo mucha veces, bebidas alcohólicas, colabora, sin que los obreros lo adviertan, junto con los malos políticos y los caciques, al embrutecimiento de la gente del campo. El alcoholismo, principal factor del crimen, como le llama el médico fisiólogo Rousset, ha de ser combatido sin piedad por cuantas medidas estén a nuestro alcance. Probada está su existencia en todas partes; su morbosa influencia se extiende como terrible peste por el mundo y puebla de tisióticos el hospital, de vesánicos el manicomio, de criminales la cárcel, de prostitutas los lupanares, de carne corrompida el cementerio, de gente inútil y parásita pueblos y ciudades.

Yo estoy cansado de ver, con harta tristezza y amargura, en este y en muchos pueblos agrícolas, jóvenes viejos con el rostro cárdeno, ojos de ahogado y músculos temblorosos, de taberna en taberna en continua libación, orgullosos de su triste fama de bebedores, riendo como degenerados chistes brutales, sin darse cuenta que están cometiendo un crimen de lesa humanidad, un continuo parricidio, pues el líquido ardiente que trasegan al estómago ha de envencenar la sangre de sus hijos, llevándolos, cuando no al sepulcro, a sitios peores... al burdel, a la casa de orates, al presidio.

Por amor al género humano, para defensa de la sociedad, por interés de la clase obrera, combatiremos con brío semejante plaga, porque el alcoholismo resta fuerzas y energías al proletariado.

El día en que pueda conseguirse la huelga general y continua de bebedores, cosa difícil por desgracia, la humanidad habrá conseguido la victoria más grande que vieron los siglos.

V. CALVO-ACACIO

Alcubilla de Carlet.

EL CATHOLICISMO Y LA RAZA MORA

Estaba reservado al Catholicismo introducir en el mundo un género de muerte nuevo, la muerte religiosa; y matar por una creencia, en nombre de un Dios que murió el mismo por una idea. El humo que se escapaba por el chimenea de la casa de la alta clase para ir a disfundarse en el espacio.

Allí estaba, su pozó: allí estaban las galerías a las que hubo de bajar por vez primera cuando apenas tenía trece años; allí estaba aquel rincón de la tierra donde había pasado su juventud, saliendo solo por breves horas de la superficie para recoger algo de aquella luz de la que sólo le era dable disfrutar breves momentos. Allí estaban todos los recuerdos de su vida en aquella noche oscura de las entrañas de la tierra; allí transcurriría también el resto de su existencia, entre las mismas sombras, rodeado de los mismos peligros, sin otros horizontes que los que fuese abriendo su piqueta sobre las negras paredes de la mina.

Pasaría su vida sin ser conocida de la mina... dejar otro rastro que el que por breves instantes deja en el firmamento el resplandor de una estrella que cae hacia los abismos infinitos del espacio.

Trabajo le daba lo suficiente, nada más que lo suficiente para recuperar las fuerzas gastadas en su labor y volver a la mina con la nueva jornada; era lo preciso lo indispensable para conservar una vida que parecía ya unida para siempre a aquella mina de la que venía a ser algo así como una ampliación, un filón más que, como los otros, acabaría por agotarse.

Si nada, serena y placida, pasó luego hasta la una de la mañana donde estaban los pozos. Era al stardecir; los últimos rayos del sol se

querraban en las verdes hojas de los castaños; la luz iba perdiéndose en el valle; allá, en lo alto serpentaba la carretera escondiéndose entre el bosque a veces, apareciendo luego como hilo de plata que desarrollase una mano invisible.

Los cruches llenos de gentes que reían y cantaban, gozando de la alegría de los autos automáticos que cruzaban como estalomas blancos de excursionistas se sucedían los unos a los otros, los grupos de campesinos que se dirigían al pueblo después del trabajo; todo le hablaba de una vida que no le era la suya, de una vida, que solo por instantes le era dable disfrutar.

«¿Estará usted contento de su oficio?—le pregunté. Míreme con algo de asombro; y luego bruscamente, con sonrisa llena de amargura, me dijo: «—¿Cómo quiere usted que lo esté? Mi vida no es la de ustedes, mi vida transcurre debajo de cuanto vive y cuando sonríe, sin esta luz que alegro, sin ese sol que sacude el espíritu y fortalece el cuerpo, sin la amable contemplación de los paisajes, sin el goce de las delicias que la naturaleza ofrece en sus flores, en sus valles, en sus montañas. ¡Dícen que somos malos!—añadió sonriendo con pena—no lo era usted, no lo somos; es que a fuerza de vivir entre negruras nuestro carácter y nuestro espíritu acaban por volverse negros también, como nuestros cuerpos al salir de los pozos, como nuestras ropas; los niños prosiguió señalando un grupo de chiclecos que jugaban allí cerca, han de vestir de negro para estar limpios. Nuestra vida es muy especial. A las seis de la mañana bajamos a las galerías, a 100 y 200 metros bajo tierra; en ellas permanecemos hasta las tres de la tarde, pues comemos abajo, teniendo para ello una hora: de once a doce de la mañana; nuestros jornales son, por término medio, de cinco francos, y con eso hemos de vivir aquí, donde todo está muy caro... No, no somos malos, créalo usted—repetió—es que así como ustedes, los hijos de la luz, nosotros somos los quejumbrosos como los susurros de dos amantes bajo las estrellas embalsamadas por los floridos limoneros.

La fatal costumbre de ingerir en el estómago, vícuo mucha veces, bebidas alcohólicas, colabora, sin que los obreros lo adviertan, junto con los malos políticos y los caciques, al embrutecimiento de la gente del campo. El alcoholismo, principal factor del crimen, como le llama el médico fisiólogo Rousset, ha de ser combatido sin piedad por cuantas medidas estén a nuestro alcance. Probada está su existencia en todas partes; su morbosa influencia se extiende como terrible peste por el mundo y puebla de tisióticos el hospital, de vesánicos el manicomio, de criminales la cárcel, de prostitutas los lupanares, de carne corrompida el cementerio, de gente inútil y parásita pueblos y ciudades.

Yo estoy cansado de ver, con harta tristezza y amargura, en este y en muchos pueblos agrícolas, jóvenes viejos con el rostro cárdeno, ojos de ahogado y músculos temblorosos, de taberna en taberna en continua libación, orgullosos de su triste fama de bebedores, riendo como degenerados chistes brutales, sin darse cuenta que están cometiendo un crimen de lesa humanidad, un continuo parricidio, pues el líquido ardiente que trasegan al estómago ha de envencenar la sangre de sus hijos, llevándolos, cuando no al sepulcro, a sitios peores... al burdel, a la casa de orates, al presidio.

Por amor al género humano, para defensa de la sociedad, por interés de la clase obrera, combatiremos con brío semejante plaga, porque el alcoholismo resta fuerzas y energías al proletariado.

El día en que pueda conseguirse la huelga general y continua de bebedores, cosa difícil por desgracia, la humanidad habrá conseguido la victoria más grande que vieron los siglos.

V. CALVO-ACACIO

Alcubilla de Carlet.

EL CATHOLICISMO Y LA RAZA MORA

Estaba reservado al Catholicismo introducir en el mundo un género de muerte nuevo, la muerte religiosa; y matar por una creencia, en nombre de un Dios que murió el mismo por una idea. El humo que se escapaba por el chimenea de la casa de la alta clase para ir a disfundarse en el espacio.

Allí estaba, su pozó: allí estaban las galerías a las que hubo de bajar por vez primera cuando apenas tenía trece años; allí estaba aquel rincón de la tierra donde había pasado su juventud, saliendo solo por breves horas de la superficie para recoger algo de aquella luz de la que sólo le era dable disfrutar breves momentos. Allí estaban todos los recuerdos de su vida en aquella noche oscura de las entrañas de la tierra; allí transcurriría también el resto de su existencia, entre las mismas sombras, rodeado de los mismos peligros, sin otros horizontes que los que fuese abriendo su piqueta sobre las negras paredes de la mina.

Pasaría su vida sin ser conocida de la mina... dejar otro rastro que el que por breves instantes deja en el firmamento el resplandor de una estrella que cae hacia los abismos infinitos del espacio.

querraban en las verdes hojas de los castaños; la luz iba perdiéndose en el valle; allá, en lo alto serpentaba la carretera escondiéndose entre el bosque a veces, apareciendo luego como hilo de plata que desarrollase una mano invisible.

Los cruches llenos de gentes que reían y cantaban, gozando de la alegría de los autos automáticos que cruzaban como estalomas blancos de excursionistas se sucedían los unos a los otros, los grupos de campesinos que se dirigían al pueblo después del trabajo; todo le hablaba de una vida que no le era la suya, de una vida, que solo por instantes le era dable disfrutar.

«¿Estará usted contento de su oficio?—le pregunté. Míreme con algo de asombro; y luego bruscamente, con sonrisa llena de amargura, me dijo: «—¿Cómo quiere usted que lo esté? Mi vida no es la de ustedes, mi vida transcurre debajo de cuanto vive y cuando sonríe, sin esta luz que alegro, sin ese sol que sacude el espíritu y fortalece el cuerpo, sin la amable contemplación de los paisajes, sin el goce de las delicias que la naturaleza ofrece en sus flores, en sus valles, en sus montañas. ¡Dícen que somos malos!—añadió sonriendo con pena—no lo era usted, no lo somos; es que a fuerza de vivir entre negruras nuestro carácter y nuestro espíritu acaban por volverse negros también, como nuestros cuerpos al salir de los pozos, como nuestras ropas; los niños prosiguió señalando un grupo de chiclecos que jugaban allí cerca, han de vestir de negro para estar limpios. Nuestra vida es muy especial. A las seis de la mañana bajamos a las galerías, a 100 y 200 metros bajo tierra; en ellas permanecemos hasta las tres de la tarde, pues comemos abajo, teniendo para ello una hora: de once a doce de la mañana; nuestros jornales son, por término medio, de cinco francos, y con eso hemos de vivir aquí, donde todo está muy caro... No, no somos malos, créalo usted—repetió—es que así como ustedes, los hijos de la luz, nosotros somos los quejumbrosos como los susurros de dos amantes bajo las estrellas embalsamadas por los floridos limoneros.

La fatal costumbre de ingerir en el estómago, vícuo mucha veces, bebidas alcohólicas, colabora, sin que los obreros lo adviertan, junto con los malos políticos y los caciques, al embrutecimiento de la gente del campo. El alcoholismo, principal factor del crimen, como le llama el médico fisiólogo Rousset, ha de ser combatido sin piedad por cuantas medidas estén a nuestro alcance. Probada está su existencia en todas partes; su morbosa influencia se extiende como terrible peste por el mundo y puebla de tisióticos el hospital, de vesánicos el manicomio, de criminales la cárcel, de prostitutas los lupanares, de carne corrompida el cementerio, de gente inútil y parásita pueblos y ciudades.

Yo estoy cansado de ver, con harta tristezza y amargura, en este y en muchos pueblos agrícolas, jóvenes viejos con el rostro cárdeno, ojos de ahogado y músculos temblorosos, de taberna en taberna en continua libación, orgullosos de su triste fama de bebedores, riendo como degenerados chistes brutales, sin darse cuenta que están cometiendo un crimen de lesa humanidad, un continuo parricidio, pues el líquido ardiente que trasegan al estómago ha de envencenar la sangre de sus hijos, llevándolos, cuando no al sepulcro, a sitios peores... al burdel, a la casa de orates, al presidio.

Por amor al género humano, para defensa de la sociedad, por interés de la clase obrera, combatiremos con brío semejante plaga, porque el alcoholismo resta fuerzas y energías al proletariado.

El día en que pueda conseguirse la huelga general y continua de bebedores, cosa difícil por desgracia, la humanidad habrá conseguido la victoria más grande que vieron los siglos.

V. CALVO-ACACIO

Alcubilla de Carlet.

EL CATHOLICISMO Y LA RAZA MORA

Estaba reservado al Catholicismo introducir en el mundo un género de muerte nuevo, la muerte religiosa; y matar por una creencia, en nombre de un Dios que murió el mismo por una idea. El humo que se escapaba por el chimenea de la casa de la alta clase para ir a disfundarse en el espacio.

Allí estaba, su pozó: allí estaban las galerías a las que hubo de bajar por vez primera cuando apenas tenía trece años; allí estaba aquel rincón de la tierra donde había pasado su juventud, saliendo solo por breves horas de la superficie para recoger algo de aquella luz de la que sólo le era dable disfrutar breves momentos. Allí estaban todos los recuerdos de su vida en aquella noche oscura de las entrañas de la tierra; allí transcurriría también el resto de su existencia, entre las mismas sombras, rodeado de los mismos peligros, sin otros horizontes que los que fuese abriendo su piqueta sobre las negras paredes de la mina.

Pasaría su vida sin ser conocida de la mina... dejar otro rastro que el que por breves instantes deja en el firmamento el resplandor de una estrella que cae hacia los abismos infinitos del espacio.

querraban en las verdes hojas de los castaños; la luz iba perdiéndose en el valle; allá, en lo alto serpentaba la carretera escondiéndose entre el bosque a veces, apareciendo luego como hilo de plata que desarrollase una mano invisible.

Los cruches llenos de gentes que reían y cantaban, gozando de la alegría de los autos automáticos que cruzaban como estalomas blancos de excursionistas